

# Unos minutos ante el tablado de León Salvador

—El reloj, la cadena con su pandentif, el monedero y los duros que tengo en esta mano... ¡en los doce duros!

¿Hay quien lo quiera?... ¿Hay quien lo desea?

Extendía hacia el público su puño cerrado, del que colgaban la cadena, el reloj y el monedero de alpaca. Se reía, guiñando los ojos:

—¡AL TURRON!

Se quitaba, con la izquierda, el sombrero y elevando la mirada a lo alto:

—San Antonio: si salgo bien de ésta, una libra de aceite...

Seguía con el puño cerrado, inmóvil y guasón.

—¿La cadena? Dice que no le he dao cadena. En Santoña te la darán... ¡perpetua!

Esparcía su vista por el público. Volvía a reirse. Deslizaba dos de sus dedos en V por debajo de su nariz, haciendo el gesto de quien está "a dos velas", y exclamaba, meneando de arriba abajo la cabeza:

—¡Qué gente habéis venido de Goyerri y por ahí!

\* \* \*

Este era el León Salvador de hace veinte años, cuando vendía relojes suizos y despertadores de saldo.

El León Salvador de nuestros días ya no vende relojes, ni monederos, ni introduce su zarpa en el cajón de los machacantes para brindar a los remisos con "furrón" invisible de plata.

Hoy vende peines, medallitas, estuches de afeitar, cuchillas "El Piel Roja", navajas. Está ronco y habla a un micrófono de solapa conectado con dos altavoces. Pero es el mismo de antes, el de siempre. El mejor charlatán que corre por las ferias de España. El que mejor conoce el paño, y el que con más habilidad trasiega a sus bolsillos los dineros del "respetable".

Su secreto es un secreto a voces. Es el secreto de su rostro feo y negruzco, de pan de munición, pero expresivo, elástico y cambiante; que se puebla de arrugas y surcos cuando guiña los ojos; que pasa, en un relámpago de la risa a la seriedad, y otra vez a la risa, una risa guasona y falsa, de dientes de oro, que parece decir a cada instante:

—¡Qué granuja soy! ¡Cómo os engaño!

Es el secreto de sus ojos menudos, llenos de picardía, guiñando casi siempre, como dos grietas negras bordeadas de patas de gallo. Ojos que miran y no ven, y ven cuando parece que no miran.

Y es, en fin, el secreto de su oratoria de tablado, directa, realista, elocuente, empedrada de apóstrofes, de incisivos, de sombrerazos, de fingidos enfados, de réplicas donosas a supuestas interrupciones, de salidas de humor. Siempre los mismos temas, pero dichos tan bien, gesticulados con tanta sombra, que quien le oye diez veces, piensa que le oye por vez primera.

(La una. Como aún es pronto para sentarse en la terraza del café, vamos a oírle unos minutos.)



—¿Que qué voy a sacar ahora? ¡Señores! Lo que nunca se ha visto. Arrodillarse y echar romero, que pasa la Virgen. ¡Qué barbaridad! ¡Mírenla, qué preciosa! La medalla de la Virgen del Pilar en su camarín. (Se alza el sombrero.) El que la lleve al cuello con fe y devoción, señores, yo no digo que le caerá el "gordo", pero que le caen los "veinte iguales", eso es viejo.

(Besa la medalla.) ¡Qué barbaridad! (Mirándola con pena.) Os voy a vender como Judas vendió a Cristo. Judas vendió a Cristo, que era el hombre más grande del Universo, por una porquería. Yo vendo lo mejor del mundo, no por treinta dineros, ni por veinte, ni por diez, ni por ocho. La medalla de oro con su cadena, ¡un duro!

¿Hay quien lo quiera? ¿Hay quien la desee? Gracias, caballero. Una para aquel señor. Otra, para aquel caballero. Otra, para aquella señora. Otra más para allá...

(Se encara con un supuesto interruptor.) No señora; no es oro de ley. Si fuera oro de ley, los cincuenta gramos tendrían que valer mil pesetas. Esto está marcado para los comerciantes en cinco duros. Pero yo no lo vendo en cinco duros, señores. La cadena con la medalla, ¡cinco pesetas!

¿Hay quien la quiere? Otra para aquel sacerdote. Toma: cuatro duros de vuelta. Y otra más para allá. Y otra más. Y otra más...

¿Cómo? ¿Que no hay dinero? Sí que hay dinero. Tú, no; ya lo sé. ¡Si te conoceré! A ti, oye: a ti te regalo la medalla, la cadena y cincuenta pesetas de turrón y no lo coges, porque tú no tiés un duro.

¡Señores! ¡Qué mejor regalo para la señora! Llegaréis a casa y os recibirá con un morro así de largo: "¿De fiestas, eh?" Te fuiste para un día y te quedaste cuatro. ¡Sinvergüenza! Y los chicos preguntando por papá". Y le decís: "Calla, tonta, que te traigo un regalo..." Y le das la medalla. Y ella os dará un abrazo... "¡Cuánto te quiero!", aunque después se arme la de San Quintín.

Quien dice los casados, dice los jóvenes. "Mamá, mira lo que te traigo; me ha costado diez duros". "Calla...—os dirá—que no lo sepa tu padre".

(León vuelve a fingir que le interrumpen.) ¿Qué? No. Yo no cambio, señorita. Cuando yo me casé, me gustaba mi mujer más que ninguna. Ahora me gustan otras más que mi mujer. Pero yo soy católico, apóstolico, romano, y como no puedo cambiar, ¡me aguanto!

¿Hay quien la quiere? ¿Hay quien la desea? Aprovechen, que la retiro. ¿No hay quien quiera otra?

(Cambia de tono.) Llevo cincuenta y tres años viviendo del cuento. Como los nietos de Calleja, que están viviendo de los cuentos que les dejó su abuelo. ¿Qué? Gracias, caballero. Otra allá. Y otra, allá. Toma, las vueltas.

(Besando una de las medallas.) ¡Adiós! A Dios se le da un disgusto vendiendo esto por este precio.

(Con ademán adolecido.) ¡Pobre León Salvador! Mártir, sí; lo juro por la gloria de mi madre (besando el pulgar.) Mártir de las maldiciones que me echan los del gremio, los comerciantes. “¡Maldita sea tu estampa, reladrón! ¡Así revientes de repente; que nos estás poniendo el cocido tres kilómetros más alto que la luna!” Pero, ¿qué me importa? Yo vendo la verdad, el evangelio, aunque me insulten. Mártir. ¡San León!, dirán, cuando me muera, los labradores. “¡San León, agua!” “Sí, hijos míos; ahí tenéis agua —les diré—. ¡Cada melocotón así de gordo! ¡Y sin gusano!”

¿Hay quien desee alguna más? ¿Están todos servidos?... A otra cosa.

(Se ríe.) Oigo ahí a una señora que está diciendo: “Tan feo y ¡hay que ver lo que vende!” ¿Qué tiene que ver, señora? Más negro es San Fermín y ¡mire usted si es grande, y si le festejan en Pamplona y en Pasajes Ancho!...

¿Hojas de afeitar? Ahora voy. ¡Señores! Descubrirse, que ahora viene lo bueno. Las legítimas hojas de afeitar “Piel Roja”. Para las pieles delicadas. Para las barbas duras. ¡Señores, qué suavidad! Parece la caricia de una mujer, señores.

Las hojas de afeitar que les cuestan a ustedes en las tiendas a peseta la hoja; las hojas de afeitar de acero extrafino; aquí, el paquete de cinco hojas, ni cinco, ni cuatro, ni tres pesetas. ¡A peseta!

Uno para allá. Otra para aquel señor. Otra para aquel caballero. ¿Le han servido, señor? ¡Ortega! Vete allí, so primo. Allí, a la derecha. Vete siempre a la derecha, que si no te darán un estacazo. ¡Corre!, que te voy a tener que poner un gasógeno en el trasero.

Y otro más. Y otro más. Toma: cuatro de vuelta. ¡Señores! Cien mil; ¿qué digo cien mil?; más de un millón de hojas llevo vendidas... Otra más... ¡Qué barbaridad!... Ortega, ¿que pasa?; ¿te da miedo? Ha

visto un valenciano con garrote y cree que le van a pegar. No, hombre. Vete allí, que si te pega a ti, a mí no me hace daño.

El comerciante, cuando vende un objeto, no engaña, señores. Los únicos que podemos engañar somos nosotros.

¿Hojas azules? No me queda ninguna. Las he vendido todas hace un rato.

¿No quieren más? ¿No las desean? Al corral.

Desde los siete años estoy trabajando. Porque, señores, si a mí me dicen: “Toma tres millones y no trabajes más”, yo les diría: “No me interesa”. A mí me gusta trabajar, señores. Soy el que más fácil gana los dineros en España. El que más ha vendido. Tengo billetes como para parar un tren.

(Lanzando una mirada conmisericordiosa hacia los charlatanes de la plaza.) ¡Mirarlos! ¡Cómo gritan los novilleros! ¡Habrá que ver las maldiciones que me echarán! León Salvador viajando en auto y ellos en los topes, o con billete kilométrico de tacón de carretera. Y es que no saben una cosa: que León Salvador sólo hay uno en España.

(Finge encararse con un mozallete.) Ahora irás a casa y le dirás a tu padre: “Papá, me he estado riendo con un hombre viejo que tenía una cara que parecía un pan de munición”. Y tu padre te dirá: “Te has estado riendo del hombre más grande de España; del que mejor vende; del que más duros ha ganado”. Porque, señores: algo tiene el agua cuando la bendicen. Yo llevo cincuenta años viniendo a Rentería, vendiendo género, y nadie me ha conocido la trampa. Si yo vendiera chatarra; si yo diera malo por bueno, no me comprarían. Pero me compran, señores. Me quitan el género de las manos. Y es que lo que yo vendo es la verdad, el evangelio.

León Salvador se dispone, ahora, a vender navajas, unas navajas anchas, complicadas; con tres cortes, punzón, descorchador, abrelatas, destornillador y demás útiles inútiles.

Seguiríamos oyéndole, pero el sol de la Plaza del Ferial, este solazo del mediodía, vertical, plúmbeo y cabezón, me está abrasando el cráneo.

—¿Qué? ¿Nos vamos al Café Alameda?

—Ahora mismo...

J. M.<sup>a</sup> I.

(Adaptación de una crónica de “Pregón”.)

**argon**  
SUMINISTROS INDUSTRIALES

Calle Alfonso XI, 9  
Teléfono 62-62

RENTERIA

Telegramas: ARGON